



EL DORMIDO

Braulio Moreno Muñiz

Aún recuerdo cuando nos traía miel. Él decía que era de las colmenas de su cuñado, y que la vendía porque no sabía que hacer con ella, así que nos hacía un favor vendiéndonosla a un precio más barato que el habitual en el mercado y de paso sacaba para sus gastos. El sueldo que ganaba no daba para mucho, y con la miel tenía unos ingresos extras que no le venían mal.

Cada vez que se acercaba a preguntarnos si queríamos comprarle miel, nos contaba un chiste, y nos hacía reír a carcajadas con esa gracia que era característica en él. Su carácter era de lo más abierto, se llevaba bien con sus compañeros y éstos le correspondían con la amistad. Tenía bromas para todos, y decía siempre que había que sonreír. Su frase favorita era: “A vivir que son dos días, y uno está lloviendo”. Durante los dos años que trabajé con él llegué a conocerlo bien, por eso cuando la empresa me envió a mi puesto de trabajo habitual me alegré y lo sentí al mismo tiempo, puesto que si por un lado yo volvía a mi lugar de origen por haber ganado el contencioso por el cambio efectuado conmigo como consecuencia de un intento de represión de mi libertad sindical, por el otro lo sentía porque iba a tener que separarme de una de las personas más alegres y simpáticas que he encontrado en la vida.

Recuerdo aquellos tiempos como los de los encontronazos. Eran tiempos de golpearse contra un muro, de encontrarse luchando sabiendo bien porqué, pero no sabiendo como ni cuando. Los enfrentamientos con el gerente de la empresa eran casi a diario, por lo que me encontraba con otra lucha, con una pequeña lucha que se llevaba mucho de mis energías, ésta era la de intentar que las disputas con el director no se convirtieran en algo personal. Hacía mis buenos intentos por despersonalizarme y tratar de que la discordia reinante entre nosotros no afectara a las cuestiones personales. Desde luego que la empresa que parecía fácil a simple vista, se convirtió en una especie de obsesión para mí. Cuando se lucha por una causa es fácil encontrarse enemigos, pero la animadversión de éstos contra nosotros o nuestra contra ellos hay que medirla, puesto que podemos llegar a encontrarnos en una espiral que se escapará de nuestras manos. Entonces aparecerá el odio, viviremos con él y no haremos otra cosa que pensar en como hacer daño a nuestro enemigo, esto se convertirá en una obsesión que no nos dejará pensar, y puede llegar el momento de que nuestra lucha se convierta en instrumento del odio y llegemos a perder la perspectiva que haga que esta sea fructífera; puede entonces que se nos olvide incluso hasta porqué luchábamos. Pero nada de esto ocurrió conmigo, mi lucha y la de mis compañeros no salieron nunca del camino que nos llevara hasta la justicia. Nuestra justicia. Ésta desde luego era relativa, puesto que lo que era justo para nosotros, la empresa lo consideraba injusto; nada de extrañar por otro lado, ya que los intereses de los trabajadores están enfrentados a los de los dueños del centro productivo.

Las largas jornadas tediosas e infinitas eran amenizadas por el Dormido. Puede que alguien se pregunte por qué le llamábamos con ese apodo; pues la razón era que se dormía en cualquier momento u ocasión. Llegaba a dormirse estando de pié, en la entrada de la máquina, o en el servicio, o en el control de salida. Al parecer tenía un defecto en el cerebro que lo hacía dormirse en cualquier lugar y a cualquier hora, sin previo aviso. Su verdadero nombre era José Manuel. Era un hombre grande,



voluminoso, moreno, ojos marrones. Su caminar era lento, tranquilo, como todo lo que hacía. Como ya he dicho antes, las largas, duras y tediosas jornadas encerrados en aquella fábrica, se hacían más amenas e interesantes gracias a las historias que nos contaba nuestro amigo.

Vivía en Santiponce, un pueblo cercano a Sevilla; famoso por las ruinas romanas que hay en él. Al parecer, la casa que ocupaba la había heredado de sus padres. Llevaba muchos años viviendo en ella, pero dio la casualidad de que debajo de la calle donde estaba la casa, se habían encontrado restos arqueológicos de gran valor, por lo que la Junta había decidido expropiar las viviendas, para lo que había puesto precio a las casas de la vecindad, una de ellas era la del Dormido. A pesar de lo que pueda parecer, nuestro afable amigo estaba que no cabía de contento, porque el precio en que la Administración había tasado su vivienda era mucho más alto de lo que en realidad valía esta. Desde entonces se llevaba todo el día haciendo cuentas y gastándose el dinero antes de que se lo dieran. Decía que la Junta iba muy lenta en eso de expropiar y que iba a tener que ayudar él en las excavaciones a ver si se apresuraban. Estaba eternamente agradecido a los romanos por haber decidido construir allí su famosa Itálica.

Un defecto sí que tenía este hombre, y era que le gustaba mucho el dinero, defecto que por otra parte no hacía más que darle quebraderos de cabeza, puesto que su salario y lo que sacaba de la venta de la miel daban para poco. Cuando hablaba del reparto del sueldo solía decir: “Ahora llego a mi casa y esto para el coche, esto para la luz, esto para el gas, esto para el teléfono, total que al final no queda nada para mí”. Estas palabras las acompañaba de gestos un tanto cómicos, con lo que nos hacía reír a todos; pero al final siempre soltaba una sonrisa triste.

Estaba todo el día quejándose del poco sueldo que ganábamos y siempre decía que algo habría que hacer. A lo que yo le contestaba: “No te preocupes que se hará”. Pero la verdad es que el día en que se haría algo tardaba en llegar, y si bien es verdad que al final se hizo, creo que nos quedamos cortos en nuestras aspiraciones.

Pero claro, la historia no ha llegado al final, ni la que cuento, ni la que vivimos en estos momentos. Y algunos conservamos la esperanza de que cambien los tiempos y lleguemos a conquistar mejoras que hoy parecen del todo utópicas. A veces, cuando las circunstancias aprietan y la vida parece un complot de todos y de todo contra nosotros, podemos llegar a caer en la desesperanza, podemos pensar que la felicidad está detrás de una barrera infranqueable y que nunca la llegaremos a alcanzar, pero también es verdad que es en esos momentos cuando cualquier atisbo de esperanza nos parece una señal que nos da el destino para marcarnos el camino de salida de los negros momentos en que a veces podemos encontrarnos. Si bien es verdad que hay períodos de tiempo en que más le vale a uno no haber nacido, no es menos cierto que es más fácil salir de esas estacadas cuando uno se siente apoyado. Es por eso que cuando noté que el Dormido caía en un estado de tristeza extraña en él, le brindé mi apoyo.

No fue nada fácil, estábamos los dos en la entrada de la troqueladora cilíndrica, una máquina que exige de los trabajadores que se encargan de alimentarla un esfuerzo especial, pero nosotros estábamos ya acostumbrados y aún nos quedaba, después del esfuerzo, aliento para cruzarnos unas palabras: “¿Qué te ocurre José Manuel, parece que hoy estás más callado que de costumbre?”. Pero él no contestaba, o si lo hacía, era con desgana y con evasivas; aunque parecía que el tiempo jugaba a mi favor y mi interés fue premiado con la respuesta que buscaba.

Pasaban los días, y la actitud de nuestro amigo era la de alejarse cada vez más de los que le rodeaban. Se estaba volviendo introvertido y serio, cosa que nos extrañó a



todos porque ese no era su talante. Algunos se dirigían a él de broma y le decían que si se le había muerto alguna abeja y por eso estaba tan serio.

Aunque por las latitudes en las que nos encontramos es de extrañar, hay días que son excesivamente fríos, y el día que José Manuel me contó lo que le ocurría las temperaturas estaban muy bajas. Todos nos quejábamos de la situación en que nos habíamos encontrado los automóviles por la mañana, el parabrisas tenía una capa de hielo enorme y había costado la misma vida quitarla para emprender la marcha y salir camino de la fábrica. Cuando llegamos al centro de trabajo, la baja temperatura se había adueñado del recinto y era imposible estar quieto en ninguna parte, el frío nos hacía movernos. Las máquinas empezaron su marcha, marcha que fue acogida con las voces de que íbamos a entrar en calor y que menos mal que íbamos a empezar a trabajar para desentumecernos. Como ocurría últimamente, el responsable de nuestro turno nos envió al Dormido y a mí al mismo puesto: a la entrada de la troqueladora cilíndrica, de manera que los efectos de la baja temperatura nos iban a durar poco tiempo. Hay que reseñar que además de que aquella mañana hiciera un frío desacostumbrado, las condiciones medioambientales del local no ayudaban a que nos sirviera de cobijo, puesto que por el cielo de la nave lo único que nos separaba del exterior era una capa de chapas de Uralita, y todos sabemos lo poco que aísla ese material, que si bien es barato, de poco sirve cuando se dan condiciones de temperaturas extremas. Pero claro, siempre es mejor, desde el punto de vista de la empresa, ahorrarse un dinero que poner medios para que los trabajadores estén en mejores condiciones. En realidad, poco hubiera costado acondicionar la nave para que la temperatura fuera algo más soportable para aquellos que estábamos abocados a producir derrochando energías y creando riquezas para los que luego no iban a invertir ni un céntimo en crear unas condiciones más saludables para nosotros. El Dormido decía que en vez de a las diez y media, el gerente de la empresa debería entrar a las siete de la mañana y pasar tanto frío como nosotros, tal vez así arreglaría un poco la nave para trabajar en mejores condiciones. La verdad era que a las diez y media también hacía frío, pero el dueño se iba a su despacho que estaba climatizado, por lo que de poco hubiera servido que se viniera a las siete de la mañana si no se quedaba en el recinto con nosotros.

Apenas podíamos movernos con la cantidad de ropa que llevábamos encima, el esfuerzo de los músculos para hacer doblar nuestras articulaciones era superior al normal debido a la rigidez provocada por el frío y las prendas de abrigo que intentaban paliar las bajas temperaturas que hacían insoportable la estancia en aquella nave gris. El Dormido se movía con lentitud, pero, aún sin quererlo, se iba acompasando con la máquina y cuando nos quisimos dar cuenta estábamos a un ritmo más rápido que el normal, puesto que el maquinista que controlaba la velocidad no era otro que Juan Sánchez, uno del que decían que algún día heredaría la empresa.

Entre puñado y puñado de pesado cartón, logré hacer ver al Dormido que cuando se tienen problemas lo mejor es compartirlos con alguien para que éstos sean menos pesados. Él reaccionó bien, pues cuando oyó mis palabras contestó con franqueza y seriedad y no empleó el cinismo. “Verás, mi problema es que estoy ligado sentimentalmente con dos mujeres a la vez: mi esposa y una vecina”. Lo dijo con toda la seriedad de que era capaz. Sin embargo yo no pude hacer otra cosa que sonreírme. “Mira José Manuel, eso no es un problema tan grave como para andar todo el día serio, pues tiene fácil solución”. “Ahí estoy en desacuerdo contigo, pues no creo que sea tan fácil de solucionar como tú dices. La verdad es que no sé cómo ha ocurrido, pero está hecho. Llevo ya seis meses en esta situación y estoy empezando a cansarme, pero no sé como cortar. Además no me decido por una o por otra”.



La máquina apretaba su marcha, el ruido era ensordecedor; teníamos que ir alzando la voz poco a poco, hasta que llegamos a un punto en que estábamos hablándonos casi a gritos. “Lo mejor es que te decidas, porque no creo que puedas aguantar la situación por mucho más tiempo. Además dices que la otra es una vecina, y con eso corres un riesgo que pasa de lo lógico, porque me imagino que si se conocen tu mujer y tu amante alguna vez hablarán y eso quiere decir que puede escapársele algo a tu amiga y recoger tu esposa la indicación, luego ésta puede ir enlazando cosas y llegar hasta la verdad, y aunque soy partidario de que seas sincero no creo que lo mejor sea que tu mujer se entere por otra persona”. Estas palabras se las dije lo más serio posible, aunque la situación no era para menos que reírse. Puede parecer que mi actitud fuera insolidaria para con mi compañero, pero la verdad era que yo no acababa de creerme que este hombre estuviera metido en semejante lío; por lo que mis palabras parecían dichas medio en broma medio en serio. Sabía que José Manuel era dado a fantasear o a bromear con estas cuestiones; pero por otro lado, su actitud sumamente seria y su forma de comportarse en los últimos tiempos, daban a entender que algo le ocurría y muy bien pudiera ser que lo que me contaba era cierto, tan cierto como que el frío de ese día nos hacía doblarnos sobre nosotros mismos y estremecernos a cada movimiento que hacíamos.

Los deseos, los actos, las decisiones; todo se engloba en el hecho de la voluntad. Voluntad que estará, a veces, mas allá de lo que nosotros queramos pretender. La voluntad puede tenernos atados a eso que llaman libre albedrío, pero puede depender también de nuestro destino. Entonces deja de ser voluntad para convertirse en algo fortuito. Las acciones dependerán en todo caso de que nuestro deseo se cumpla en ese preciso instante en que nace el acto en sí. Hay agentes externos que hacen que mucho de aquello que ocurre en el entorno, se escape de nuestro campo de acción y afecte a nuestra vida sin que podamos hacer nada por alterar el futuro que depende de aquello en lo que nosotros no podemos influir.

Hay que vivir el momento, hay que vivir el día a día como si cada segundo que pasa se tratara del último que fuéramos a vivir. Tenemos que dejarnos la piel en conseguir la meta de hacernos feliz y hacer feliz a los que nos rodean, y para esto es esencial estar en paz con nuestro espíritu. Si somos capaces de mirarnos todas las mañanas en el espejo sin reprocharnos nada, entonces es posible que consigamos ser felices. Pero el Dormido no era capaz de conseguir eso, pues estaba jugando a un juego en el que podía hacer daño a algunas personas, y no estaba en paz consigo mismo.

Intenté que me explicara cómo había sido lo de encontrarse en la situación de estar con dos mujeres a la vez, pero dijo que lo hecho no tenía solución y que no merecía la pena entrar en detalles. Los detalles desde luego no me interesaban mucho, pero de lo que se trataba era de que mi amigo pudiera, de alguna forma, dar marcha atrás y encontrarse en la situación de libertad de ánimo y de conciencia que crea el ser honrado con uno mismo y con los demás. “Creo que es malo lo que estoy haciendo, si mi mujer se entera, no veas la que se va a liar”. Esto lo decía muy a menudo últimamente y parece que su conciencia iba tornándosele cada día más pesada. “José Manuel creo que no es tan malo lo que haces, si lo miramos desde el punto de vista moral. No creo que la sociedad vaya a reprochártelo; sin embargo, lo que sí es cierto es que no estás actuando con honradez con, al menos, una de las mujeres, puesto que tu esposa no sabe nada y está haciendo, sin saberlo, el papel más desagradable de este drama”. “Tienes razón. Por un lado quisiera acabar con la historia, pero por el otro estoy casi contento de que esto haya sucedido porque parece que mi vida tiene otro sentido desde que me hallo en este fregado, no sé pero parece que vivo más, que saboreo los minutos que pasan con más intensidad. Sin embargo no soy del todo feliz,



porque tengo la sensación de que no hago algo correctamente; tal vez sea que en el fondo piense que no está bien que engañe a mi mujer de esta forma. Lo mejor sería que cortara de una vez con la otra y que todo volviera a la normalidad”.

Después de esta conversación no volvimos a hablar sobre el tema en unos días. No obstante, el Dormido se animó y volvió, a ratos, a ser el de antes.

Fue por ese tiempo cuando se estaba negociando el convenio colectivo. Las negociaciones estaban en un momento difícil, y lo que se oía era que seguramente iríamos a la huelga. La mayoría de nuestros compañeros estaban haciendo sus cálculos: cuanto le descontarían por los días de huelga, que dejarían de pagar ese mes... En fin, cuáles iban a ser los sacrificios a que tendrían que someterse por el mero hecho de querer conseguir unas condiciones de trabajo que mejoraran su nivel de vida. Pero en el fondo -a pesar de las caras serias que nos encontrábamos a diario- todos estábamos de acuerdo en que para conseguir algo había que tomar alguna medida de fuerza.

La empresa empezó su campaña de actuaciones en contra de la huelga, pero de nada les sirvió, puesto que todos los trabajadores sin excepción estábamos unidos en un frente común que era más fuerte que cualquier amenaza venida de las altas esferas de nuestro centro productivo. Los Delegados convocamos Asambleas en las que decidimos qué haríamos en los días de movilizaciones los trabajadores y en las que elegimos el Comité de Huelga.

José Manuel se portó bien. Estaba muy dicharachero, e incluso parecía estar contento. No hacía otra cosa que gritar: “¡Huelga!”. Sobre todo si cerca de nosotros pasaba algún encargado o el jefe de producción. Faltaba pues una semana para la huelga; decidimos entonces el Comité pedir una reunión con la empresa para la cuestión de los servicios mínimos. La reunión llegó, y fue dura, ya que la dirección quería imponer unos servicios mínimos que pasaban de lo normal en estos casos, éstos se convertirían -de llevarse a cabo de la forma que ellos pretendían- en servicios máximos. Al final, y ante la amenaza de que haríamos lo que mejor nos conviniera, la empresa accedió y llegaron a imponerse nuestras tesis. Sólo un trabajador estaría en su puesto durante los días de huelga, ese sería el encargado de mantenimiento, que por otro lado hubiera trabajado de todas maneras, ya que era un reconocido esquirol sin escrúpulos y con un bajo nivel de vergüenza; así que se había granjeado la enemistad de casi toda la plantilla en huelgas anteriores. Pero los demás éramos un solo hombre en lo tocante a nuestro convencimiento de cara a la posibilidad de seguir hasta el final con la tarea de luchar por lo que es justo.

La consecución de cualquier fin, a través de la lucha, requiere siempre un precio. Cualquier conquista exige un esfuerzo y unos sacrificios, que siempre al final serán comparados con los beneficios conseguidos, y de resultas de esta comparación se sacará la conclusión de si los esfuerzos y sacrificios habidos durante la campaña merecieron o no la pena. En el caso que aquí nos trae, los esfuerzos fueron muchos, pero también es verdad que los avances conseguidos para aquellos que hicimos la huelga -y para los que no la hicieron- llegaron a convertirse casi en un sueño hecho realidad. Cuando la labor sindical cuenta con el apoyo de la mayoría de los trabajadores, se convierte en una suerte de actos premeditados que van como la seda; es un trabajo tremendamente satisfactorio, puesto que cuando se cuenta con el apoyo de la mayoría se es tan fuerte como lo podamos ser la totalidad de las personas que vendemos nuestra fuerza de trabajo a cambio de un salario, y somos muchos.

El día de la huelga los del Comité quedamos citados en la puerta de la fábrica a las cinco de la mañana para impedir que alguien entrara a trabajar antes de que llegaran



los demás compañeros. Como era de esperar, esa eventualidad no se produjo, de modo que de nada sirvió el madrugón que nos dimos. José Manuel se vino también a las cinco para acompañarme. Durante todo el tiempo que duró la espera, estuvo muy hablador, con unas ocurrencias que nos hizo reír a todos. Creo que este afán suyo por mostrarse gracioso se debía en parte a contrarrestar la seriedad de nuestros rostros ante la evidencia de la huelga, y en parte a su deseo de olvidar los problemas que lo acuciaban con el lío de amores en que estaba metido. A medida que pasaba el tiempo los demás compañeros fueron llegando, hasta que a las siete en punto estábamos ya casi todos en la puerta, formando así un numeroso grupo de personas. Hacía frío, de manera que, a propuesta del Dormido, se cogieron maderas del almacén para hacer una hoguera donde calentarnos y vernos las caras, ya que no había acabado de amanecer todavía.

Cuando el día se hizo, el numeroso grupo de la puerta que estaba cerca de la hoguera se dividió y fue menguando a medida que los que lo engrosaban fueron desapareciendo paulatinamente para ir a las cafeterías cercanas a desayunar y entonarse un poco el cuerpo con aguardiente. A eso de las ocho de la mañana, llegó el director de la empresa, acercó el coche a la puerta y dijo que quería hablar con alguien del Comité, pero en ese preciso instante llegó José Manuel con un palet de madera, de los que ya no servían para nada más que hacer fuego con ellos y lo lanzó contra las llamas de la hoguera que había justo al lado de la entrada. El gerente salió del lujoso automóvil con el que parecía estar a salvo de cualquier agresión de los que estábamos a su alrededor y dijo: “José Manuel González, está usted echando al fuego propiedades de la empresa, y eso es sabotaje; de manera que considérese despedido. Ahora recibirá la carta de despido”. Tras oír esas palabras me adelanté hasta donde estaban ellos y dije al director: “Usted no puede despedirlo puesto que lo que ha hecho es coger unas maderas que se iban a tirar, que ya no servían para nada. Y le digo más: si de resultas de esta huelga algún compañero sufre cualquier represalia, la huelga no va a acabar cuando termine en el sector, sino que seguirá hasta que se normalice la situación y se levanten las sanciones”. Mi interlocutor se puso rojo de ira. “No me amenace porque puede usted perder la partida esta vez”. “Esto no es un juego, aquí no hay ninguna partida, se trata de la vida de unas personas que se ganan el pan honradamente”. El director se subió a su automóvil y entró en el recinto de la fábrica dirigiéndose a sus oficinas. De entre los que asistieron a la escena relatada se alzaron voces diciendo que era injusto que despidieran al Dormido, que algo había que hacer para que eso no ocurriera. Entonces propuse que nos encerráramos en la fábrica y que siguiera la huelga hasta que se levantara la sanción. Todos nos pusimos de acuerdo en ello y entramos en la empresa. Para el sector de nuestra actividad productiva, la huelga terminaba al otro día, pero nosotros íbamos a seguir con ella hasta que nuestro adversario cambiara de actitud.

Una vez dentro todos hicimos un corro en torno a José Manuel y le dijimos que contara con nuestro apoyo y solidaridad. El se echó a reír y nos agradeció el gesto visiblemente emocionado.

Me dirigí al teléfono más cercano, e informé al Sindicato de lo ocurrido.

La huelga convocada para el sector estatal terminó; pero nosotros seguimos, además de que nos encerramos en los locales de la empresa. Al tercer día de encierro la dirección nos llamó a los del Comité para decirnos que levantaban la sanción y que nos podíamos dar por satisfechos, ya que no habían sancionado a nadie más después de haber participado en una huelga ilegal, y que no nos encerráramos más, que allí los únicos que podían estar eran ellos y aquellos a los que dieran permiso para usar los locales, cómo y cuando ordenaran. Poco más o menos eso fue lo que nos dijo el



director, pero en lo más hondo de su espíritu él sabía que la batalla la había perdido. Fue de esta forma como conseguimos aquel año un buen convenio y que no despidieran al Dormido. Pero no todo había terminado, ya que estábamos pensando que hacer en el futuro próximo y cómo seguiríamos dando la carga a aquellos que tan bien estaban cuando los trabajadores nos dedicábamos sólo y exclusivamente a trabajar y subsistir. Después de las hostilidades, la rutina volvió y todos echábamos un poco de menos los enfrentamientos con el poder establecido, sobre todo si, como aquella vez, las cosas habían salido como esperábamos.

Las últimas movilizaciones nos llenaron de fuerza y de entusiasmo, nos hicieron encontrar en nosotros esos hombres que poco a poco se van perdiendo con el desuso diario del orgullo, ese orgullo que se nos instala en el alma cuando vencemos una batalla, máxime cuando ésta ha sido ganada con el esfuerzo de aquellos a los que siempre se les ha considerado como los más débiles.

José Manuel estaba contento; durante estos días su estado de ánimos alternaba entre la euforia y la alegría cargada de cinismo, con lo que parecía querer dar a entender que se reía de todo pero sin tener motivos para ello. A veces caía en la tristeza, y se quedaba mudo por momentos, pero volvía de su mutismo cargado de chistes que nos hacían reír a todos.

Cuando la situación se normalizó, el Dormido volvió a hablar de la tan traída y llevada expropiación de su casa. Según parecía estaba a punto de suceder, y el ya había buscado otro lugar donde irse a vivir. El nuevo sitio le parecía estupendo, porque además de ser una buena vivienda, estaba situada en un barrio cercano a donde vivía en la actualidad. Con lo que le dieran por su antigua casa podía pagarlo todo y además le sobraba algo de dinero. Sin embargo, por otro lado, no estaba tan contento porque este cambio de domicilio le iba a suponer tener que alejarse de su amante, que dejaría de vivir a escasos metros de su vivienda, y ya no podría hacer como hasta entonces, decirle a la esposa que se iba a pescar y meterse en la casa de al lado durante día y medio para convivir con la vecina que se moría por él. Cuando se hartaba de estar con ella o llegaba el momento de volver a su casa, salía con mucho sigilo de allí y le daba la vuelta a la manzana para ir a buscar el coche que previamente había dejado escondido, luego llegaba a la puerta de su casa, cogía los instrumentos de pesca y le decía a la mujer cuando llegaba que no había conseguido atrapar ningún pez, o bien, se paraba en una pescadería a comprar algo con lo que dar a entender que había capturado alguna pieza. De momento la esposa parecía creérselo, o al menos no daba señales de sospechar las jugadas de mi amigo. No sólo no se contentaba con engañar a la mujer, sino que además alardeaba de ello en la fábrica delante de los compañeros; a veces me enteraba de alguna de sus aventuras a través de alguno del que yo no podía sospechar que José Manuel le hubiera contado nada de su lío amoroso, pues es el caso que para él la aventura con la vecina había pasado de ser un engorro, a ser algo de lo que podía presumir delante de los demás, por tanto, lo que había empezado siendo un secreto, se convirtió en un asunto de dominio público. Desde entonces empecé a pensar que este hombre se había tomado la cuestión con mucha ligereza, y que algún problema habría de acarrearle a la larga.

De nuestras conversaciones acerca del tema deduje que él no pensaba, ni por asomo, que pudiera estar haciendo daño a nadie, en todo caso a su esposa, pero como ésta no sabía nada, tampoco le parecía que estuviera cometiendo alguna falta contra ella, además decía que tarde o temprano acabaría por contárselo y comprendería la situación.



Como era de esperar, según su carácter, el problema de José Manuel había pasado a ser un chiste más de los muchos que contaba a lo largo del día, cada vez que tenía ocasión de encontrarse con un grupo de compañeros contaba una aventura nueva, o sacaba el aspecto gracioso de cualquier suceso que le hubiera ocurrido con alguna de las dos mujeres. La situación en la que se encontraba era ya como algo normal, que había caído en la costumbre, y se estaba convirtiendo en rutina. Hasta que un día, sin saber cómo ni cuando, la mujer de este hombre empezó a sospechar la jugada, y llegaron los celos. La vida del Dormido se convirtió desde entonces en algo parecido a la existencia de un sospechoso de cualquier crimen, pues la esposa lo interrogaba a diario, le registraba la ropa y lo seguía cuando salía de su casa a horas que a ella le parecían sospechosas.

El invierno había pasado, nos despedíamos del frío y las pocas lluvias que esa estación nos trajo; empezábamos a prepararnos para los duros meses de calor que nos quedaban por sufrir, pero de momento íbamos a vivir la tregua del corto espacio de tiempo en que se declara la primavera, en esta nuestra tierra de contrastes, donde pasamos del invierno al verano sin apenas disfrutar de los encantos de una primavera agradable, donde no nos helemos de frío ni nos aemos de calor; pero ese es el clima que nos ha tocado vivir a los hombres y mujeres que vivimos en el sur. Aquí la primavera dura poco, pero cuando llega lo hace con una explosión de bienestar, con unas ganas de agradar a los sentidos que hace que aún en el corto espacio de tiempo que dura ésta, se haga notar con tanta fuerza que quede grabada en nuestra memoria como la mas placentera estación del año –aunque cuando escriba esto, corra el riesgo de caer en un tópico-, donde el color del cielo es de un azul tan límpido que no parece real y hay una transparencia en el aire que todo lo que se mueve en nuestro entorno se ve tan nítido que hace que nuestros ojos gocen haciendo la función para la que fueron destinados.

Pues bien, fue en esa estación cuando el Dormido decidió contárselo todo a su esposa, pues ya había tomado la decisión de separarse de ella. Según decía, estaba harto de que lo vigilara tan de cerca y de que lo acechara a todas horas. Además, la vecina tenía el atractivo de que era más joven y más hermosa. Pero ocurrió algo con lo que no había contado nadie, y es que una mañana, viniendo a trabajar a la fábrica se quedó dormido mientras conducía y tuvo un accidente, que si bien no le costó la vida, si lo hizo estar ingresado en el hospital unas semanas, lo que le obligó a estar desconectado de su amante durante todo ese tiempo, ya que ella no podía ir al hospital porque junto al lecho de José Manuel se encontraba a todas horas la que había sido su compañera durante gran parte de su vida, que no acababa de creerse que su esposo la fuera a dejar por otra mujer.

Cuando nuestro amigo se restableció de sus heridas, lo primero que hizo fue arreglar lo de la expropiación y coger el dinero, con el que compró la nueva casa, pero esa vivienda tuvo que dejársela a su mujer. Con lo que sobró se compró un coche nuevo y con los trámites también estuvo un tiempo entretenido, durante el cual le fue sumamente difícil verse con la que había sido su amante, porque dio la casualidad de que la casa de ésta también había sido expropiada y se había cambiado de vivienda. Lo que le puso sumamente difícil ponerse en contacto con ella, ya que no sabía dónde había ido esta mujer a parar desde que él tuviera el accidente. La buscó por todo Santiponce, pero acabó por no encontrarla, ni consiguió que nadie le diera una pista de dónde podía estar viviendo en esos momentos. La separación de su mujer se materializó, y tuvo que irse a vivir realquilado a una casa de huéspedes, a una habitación pequeña y económica que tuvo la suerte de encontrar.



Cuando se restableció de sus heridas volvió a trabajar a la fábrica. Parecía más centrado, más serio, menos dicharachero, y, a la vez, parece que se le quitaron las ganas de tomarse a broma eso de la relación con las mujeres. Nos estuvo contando todo lo ocurrido, lo mal que se había tomado su esposa eso de que él tuviera una amante, lo de su nueva vivienda, nos enseñó el nuevo vehículo. Pero la tristeza había vuelto a adueñarse de él, esta venía de la mano del desengaño por no haber tenido noticias de la mujer por la que él se decidió. También nos habló de la soledad, de esa soledad que lo embargaba cuando no tenía a donde acudir en los malos momentos. Yo le decía que había que echarle valor, que todo se arreglaría tarde o temprano y que al menos había conseguido salir del lío en que se encontraba en un principio. Pero nada de esto le servía de consuelo, dado que el no encontrar a esa mujer por la que lo había dejado todo, le ocasionaba un gran perjuicio moral, y un dolor en el corazón que eran difíciles de esquivar.

Fueron pasando los días, se fue acostumbrando a la nueva situación, hasta que una mañana llegó y me dijo: “Ayer vi a mi antigua amante, está con otro hombre, parece que le va bien y se van a casar dentro de poco. Según parece, de tener dos mujeres he pasado a la soledad más absoluta”. A lo que yo le respondí: “José Manuel, quien mucho abarca poco aprieta”. ■